



## Simone de Beauvoir, filósofa

◆ Laurance Le Bouhellec

Simone de Beauvoir fue y no fue al mismo tiempo quien abrió la brecha del pensamiento feminista en el siglo pasado, con base simplemente en el principio de olvido que requiere la memoria social o individual para poder funcionar como tal, como memoria. De ahí que, para los que descuidan o solamente ignoran la historia de las ideas inscritas y desarrolladas en el proceso de *la longue durée*, ella inicia la reflexión, y para otros no hace más que beneficiarse de la circunstancia histórica para cristalizarlas y hacerlas entrar en determinado campo de resonancia.

Sea lo que sea, el detonador de dicho pensamiento viene, en parte, de una reapropiación del emplazamiento del sujeto existencialista, ese sujeto que se anda posicionando sobre el camino de la existencia humana gritando a cada paso su libertad.

Y es este emplazamiento que viene reivindicando abiertamente Simone de Beauvoir lo que le permite llevar a cabo el contraste entre lo posible o imposible masculino, y lo posible o imposible femenino en términos de proyectos y realización existencial y, a partir de ahí, desarrollar esta reflexión que culminará en las páginas de *El segundo sexo*, demostrando de paso cómo las relaciones sociales actuales, tal como las conocemos y presenciamos

en nuestras sociedades contemporáneas —y con las que nos toca también vivir y desarrollarnos— se fundamentan en la casi exclusividad del reconocimiento de valores masculinos como valores dominantes y normativos del deber ser y actuar social.

### Recuerdos

“El olvido es necesario para la sociedad y para el individuo. Hay que saber olvidar para saborear el gusto del presente, del instante y de la espera, pero la memoria necesita también el olvido: hay que olvidar el pasado reciente para recobrar el pasado remoto”.<sup>1</sup> Es con esta frase que el antropólogo Marc Augé inicia su singular reflexión sobre el olvido como principio de la memoria cuyo deber “es el deber de los descendientes y tiene dos aspectos: el recuerdo y la vigilancia”;<sup>2</sup> esta última entendida en términos de actualización del recuerdo.

Ahora, ¿qué recuerdos tenemos de Simone de Beauvoir? ¿Qué recuerdos tener de Simone de Beauvoir en este primer cuarto del siglo XXI, cuando ya habría cumplido cien años? ¿Filósofa? ¿Novelista? ¿Memorialista? ¿Ensayista? ¿Compañera de Jean-Paul Sartre, “Notre Dame de Sartre” (“Nuestra Señora de Sartre”), tal como se llegó a apodararla comúnmente?<sup>3</sup> En fin... ¿niña superdotada de un

<sup>1</sup> Marc Augé, *Las formas del olvido*, Gedisa, Barcelona, 1988, p. 9.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 102.

<sup>3</sup> Dicho sea de paso, una manera de referirse a ella que tenía la soberana virtud de enfurecerla sistemáticamente: ¿caso tuvo alguien la idea de apodarar a Jean-Paul Sartre: “Notre Seigneur de Beauvoir” (“Nuestro Señor de Beauvoir”)?

◆ Investigadora, Universidad de las Américas, Puebla (UDLAP)



siglo atormentado? ¿O simplemente una mujer —“*Seule, une femme*” (“Sola, una mujer”)—, tal como dice Julia Kristeva en otro contexto?<sup>4</sup> Simplemente una mujer cuya reflexión original en torno a lo que ella detectó como no autonomía y dependencia casi sistemática de la mujer en la sociedad contemporánea, sirvió de fundamento para, por lo menos, las siguientes dos generaciones de pensamiento feminista, aunque la obra como tal tardó varios años en encontrar su verdadero público tanto en Francia como en el extranjero.

En cualquier caso, en cada faceta de la obra de Simone de Beauvoir muchos son los que han contemplado en ella su propio reflejo, como por ejemplo, en la novela *Les mandarines* (*Los mandarines*), premio Goncourt en 1954, toda una generación de intelectuales nacidos entre 1900 y 1920. Ni hablar de las miles de cartas que recibirá hasta su muerte, acaecida en 1986, escritas por mujeres de varias partes del mundo —por no decir quizá de todo el mundo— que habían leído *El segundo sexo*, cuyo primer tomo se publicó en 1949, y que se sentían tan profundamente agradecidas con ella que algunas iban hasta a confesarle que, de plano, su libro les había salvado la vida. “*Femmes vous lui devez tout!*” (“¡Mujeres: le debéis todo!”), dirá con el mismo tono en su momento la filósofa francesa Elisabeth Badinter.

Y claro que muchos años han pasado, que el mundo ha seguido con sus vueltas y revueltas y, sin embargo, este libro, *El segundo sexo*, sigue siendo

considerado por muchos y muchas hasta la fecha como *el* libro de las mujeres, *el* libro fundador del feminismo, un término que circulaba ya con toda su fuerza desde el siglo XIX pero que seguía esperando este tipo de voz tan particular para cobrar fuerza y despertar conciencias de una vez por todas.<sup>5</sup>

### **Soy mi libertad**

De ahí que, si bien las novelas y series autobiográficas escritas por Simone de Beauvoir siguen siendo todavía un punto de referencia para la literatura del siglo XX en general, y la escritura femenina en particular, la reflexión enfocada tanto en la problemática del género como en los modos de subjetivación sexuales, ha hecho que se preste de nuevo una especial atención a su reflexión filosófica, desarrollada varias décadas atrás y cuyos nodos principales son dos: una ontología del sujeto y una política de la libertad.

Dos nodos cristalizando quizá, tal como lo considera en nuestros días Françoise Héritier,<sup>6</sup> en “una primera manera de hablar de género”, cuando el término todavía no circulaba como lo hace en nuestros días. Y además, si se entiende por género una construcción social del sexo que implica, por un lado, el estudio de las relaciones sociales entre hombres y mujeres y, por otro lado, que a diferencia del sexo biológico, la construcción social de las relaciones de género evolucionan en el tiempo y el espacio.

Esta particular reflexión que tanto impacto tendrá a mediano y largo plazos para la construc-

<sup>4</sup> Título de una recopilación de artículos y entrevistas sobre lo femenino publicada en junio de 2007 por Les Éditions de l’Aube.

<sup>5</sup> Me parece interesante que el papa emérito Benedicto XVI, en su última alocución navideña ante la Curia en diciembre de 2012, no haya dudado en señalar a Simone de Beauvoir como la responsable de haber atentado en contra de “la auténtica forma de la familia” y haber sembrado la semilla de “la falacia profunda” de la ideología de género.

<sup>6</sup> Antropóloga y profesora en el Collège de France.

ción de una historia de las mujeres y de la plataforma de reflexión feminista, cobra fuerza y sentido desde los planteamientos específicos de la filosofía existencialista formulada en las primeras décadas del siglo XX, en particular bajo la pluma de Jean-Paul Sartre.

Sartre sostiene que no hay ni jamás ha existido algún tipo de esencia atemporal o universal del hombre o de la mujer, salvo quizá en los sueños de algunas mentes preñadas de idealismo. De ahí que el ser humano no pueda emplazarse como ser humano más que *a posteriori*, a partir de lo que sus acciones plantearán y definirán en el camino por recorrer en su propia vida y siempre desde lo concreto.

En 1946, en *El existencialismo es un humanismo*, Sartre cristaliza la idea de que si el ser humano inicia el camino del ser humano en la misma existencia, es también porque este no existe más que como un proyecto que se lanza hacia el futuro, gritando a cada paso y con toda su fuerza: "*Je suis ma liberté*" ("Soy mi libertad").

Al respecto, queda bastante clara la postura adoptada por Simone de Beauvoir desde las primeras páginas de *El segundo sexo*, en las que sostiene que "la perspectiva que adoptamos es la perspectiva de la moral existencialista. [Desde esta perspectiva] cualquier sujeto se emplaza concretamente por medio de proyectos como una trascendencia [y] solamente puede cumplir con su realidad cuando apunta continuamente hacia otras libertades; la presente existencia no se

puede justificar sino por una expansión hacia un porvenir indefinidamente abierto. Cada vez que la trascendencia recae en la inmanencia, se da una degradación de la existencia en sí [y] de la libertad en facticidad; esta caída es una falta moral si viene consentida por el sujeto; si le viene infligida, se transforma en frustración y opresión; en los dos casos es un mal absoluto. Cualquier individuo que se preocupa por justificar su existencia, la siente como una indefinida necesidad de trascenderse".<sup>7</sup>

Un planteamiento que se hace eco de lo planteado por Sartre cuando piensa de manera privilegiada al ser humano en la existencia desde la libertad, concebida como un proyecto indefinidamente abierto hacia el futuro. En palabras de Benoîte Groult: "Se cuenta que *Werther* provocó una epidemia de suicidios y *René* de Chateaubriand una epidemia de melancolía. *El segundo sexo*, él, habrá provocado una epidemia de libertad".<sup>8</sup>

### Declives

La libertad fue, históricamente hablando, un concepto asociado con la constitución del ser humano como sujeto dotado de y determinado por la razón, paradigma de la modernidad occidental, tal como lo reza el artículo primero de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre: "Los hombres nacen libres e iguales en derechos". Pero bien pareciera que aquella libertad no fuese más que el atributo no del hombre en su común acepción de ser humano, sino como ser humano masculino.

<sup>7</sup> Se traduce de la edición francesa: *Le deuxième sexe*, France Loisirs, París, 1990, p. 45.

<sup>8</sup> Prefacio a la edición francesa de *Le deuxième sexe*, *op. cit.*, pp. 12-13.



El encuentro del ser femenino con su libertad en fechas recientes pasa primero y de manera necesaria por el descubrimiento de un mundo estructurado desde lo masculino. Y si bien Simone de Beauvoir contribuyó de manera irreversible con la toma de conciencia por parte de las mujeres acerca de este campo simbólico dominante, hubo voces antes que la suya, y voces masculinas en particular, que ya lo habían señalado.

Mencionaré solamente al sociólogo alemán Georg Simmel, quien posiciona en dos ensayos magistrales publicados a finales del siglo XIX: *Lo relativo y lo absoluto en el problema de los sexos* y *La coquetería*, las bases de una filosofía de los sexos: “[...] Las exigencias artísticas y el patriotismo, así como el cosmopolitismo, la moralidad general y las ideas sociales particulares, la equidad del juicio práctico y la objetividad del conocimiento teórico, todas estas categorías, son sin duda humanas en su forma y en su aspiración, pero íntegramente masculinas en su configuración histórica efectiva. [...] Se ha construido un paradigma histórico a partir de la relación humana fundamental de los sexos [y] el sexo masculino no se limita a ocupar una posición de superioridad relativa sobre la mujer sino que se eleva a lo humano-general, dictando normas que rigen por igual en las manifestaciones de lo masculino y lo femenino”<sup>9</sup>.

Y es esta repetitiva y consagrada absolutización de uno solo de los elementos del par femenino-masculino, la base de la constitución y el desarrollo del androcentrismo exacerbado o subterráneo que tanto ha caracterizado y sigue carac-

terizando por mucho la dinámica sociocultural de la mayor parte de nuestras sociedades.

En relación con este último punto, vale la pena recordar los trabajos del psicoanalista Jacques Lacan en torno al *nombre-del-padre*, que ejemplificaron hasta qué punto el polo paterno ocupa un lugar dominante en la estructuración histórica de cada sujeto, simplemente porque nombra primero al hijo con su nombre, interviniendo de facto junto con este como privador de la madre, sobre todo en ámbitos sociales en los que se registra al niño con un solo apellido.

Sin embargo, para la mayor parte de los observadores de los ajustes y reajustes de nuestras sociedades contemporáneas, los últimos cambios registrados van apuntando hacia un reajuste del par femenino-masculino. Es decir, que la historia del hombre moderno, del hombre de nuestra civilización moderna, viene marcada por el declive irreversible del *pater familias* y, por ende, de los ideales de la familia paterna.

Es como si se estuviera dando poco a poco, y en ciertos ámbitos más claramente y quizá también más abruptamente que en otros, una nueva bipolarización de las categorías de lo masculino y lo femenino, que muchos perciben como una especie de feminización de la sociedad occidental, aunada a una decadencia progresiva de la autoridad paterna y de los valores exclusivamente masculinos. En otras palabras, quizá estemos ya en la etapa de la deconstrucción del *nombre-del-padre*, de la diseminación del logos paterno entendido como discurso, nombre propio dinástico, ley.

---

<sup>9</sup> Georg Simmel, “Para una filosofía de los sexos”, *Sobre la aventura. Ensayos sobre estética*, Península, Barcelona, 2002, pp. 88-89.